

HARO TEGLEN

DESPUES DEL VIETNAM

La «querrela de las mesas» ha terminado, la conferencia de paz para el Vietnam en París arranca por fin. Coincide prácticamente con el principio de la «era Nixon» en los Estados Unidos. Coincidencia, sin duda, deliberada. Los dos meses de sutilezas bizantinas acerca de cómo debían sentarse y en torno a qué mesa los delegados de las partes interesadas se debían especialmente al deseo de los representantes de Saigón de que pasase el tiempo preciso para que se desvaneciese la sombra de Johnson y apareciera el nuevo Nixon. Johnson, con su urgencia de dejar un testamento histórico de paz, era peligroso para Saigón. Nixon ha sido considerado como «un amigo». Se contaba en Nueva York que, la noche de las elecciones presidenciales, los altos personajes del gobierno de Saigón bailaron una polka de alegría cuando la televisión les anunció el resultado final de la victoria de Nixon. La noticia fue objeto de un mentís oficial de los supuestos bailarines, pero nadie ha dudado del fondo de la cuestión, esto es, que en Saigón se ha esperado que Nixon fuese capaz de contener la tendencia al abandono. Esperanzas probablemente excesivas. La tendencia a la paz en el Vietnam o, más claramente, la tendencia americana a zafarse de la guerra del Vietnam, parece irreversible. En todo caso, Nixon podrá actuar con más firmeza que Johnson en ese sentido, porque tiene las manos más libres —y más limpias—, porque ni él ni su partido están comprometidos con esa guerra y porque le urge presentar ante su país una imagen confortadora de sí mismo y ante el mundo una visión más tranquilizadora de los Estados Unidos.

Es inútil que se proclame al mundo que el principio de las conversaciones no significa un reconocimiento del Vietcong. Todas las sutilezas de abanista florentino para la construcción de la mesa no son suficientes para ocultar que el Vietcong está allí, que dialoga y escucha, que opina y que decide, y que si está allí no es por ninguna benevolencia especial de nadie, sino porque ha lanzado una guerra revolucionaria y la ha conducido de tal modo que ha podido pasar en unos años de ser considerado como un puñado de hombres desdeñables a formar una delegación diplomática, y que el poder que le ha conducido hasta aquí no ha disminuido. Hay incluso quien le supone tal capacidad que de un momento a otro pueda desencadenar una ofensiva importante sobre Saigón y cambiar al mismo tiempo el curso de la guerra y el de la negociación de paz. Esta idea contrasta totalmente con otra, que es la que sostiene Saigón: que el Vietcong está totalmente agotado y que su última esperanza está en la conferencia. Es la tesis que quiere imponer a los Estados Unidos para evitar «concesiones» y es, en suma, la que inspira su política dilatoria, aparentemente. Otra explicación de la política dilatoria es la de que el que está agotado es el gobierno de Saigón y está esperando «acontecimientos» que obligaran a Estados Unidos a mantener su esfuerzo de guerra. Un acontecimiento sería una agresión china, o golpes revolucionarios en Tailandia, en India, en Camboya, o una modificación grave del equilibrio internacional. Saigón intenta sostener esta espera por dos medios. Uno es alargar las conversaciones de París, otro es estirar hasta el máximo posible la retirada de las tropas de los Estados Unidos. El plan que Saigón propone al Estado Mayor de Estados Unidos consiste en retirar soldados al ritmo de diez mil al mes. Como hay aproximadamente 540.000, esto supondría que la retirada tardaría cuatro años y medio en completarse, que de aquí al año próximo aún quedarían en suelo vietnamita 420.000 combatientes del cuerpo expedicionario de Estados Unidos. Saigón sostiene que en esos cuatro años y medio su ejército estará en condiciones de defenderse por sí mismo. Es lógico que en Washington todas estas ideas se acojan con muy notable reserva. La tesis del agotamiento del Vietcong se ha emitido muchas veces en estos últimos años, y se le ha visto siempre renacer, cada vez con mayor fuerza. En cuanto a la posibilidad de aumentar el ardor combativo de los soldados del gobierno de Saigón, es una esperanza perdida hace mucho tiempo, aunque la tesis se siga manteniendo oficialmente. Menos aún cuando tienen a la vista una posibilidad de paz.

Al margen de las palabras, aun al margen de los hechos, puede observarse una considerable urgencia por parte de los Estados Unidos en abandonar su posición vietnamita. Algunos países están ya tomando posiciones. No es preciso citar a Francia y a De Gaulle, cuya política provietnamita forma parte de su desafío a los Estados Unidos: Suiza, tradicionalmente neutral, tradicionalmente diplomática y mediadora en conflictos, acaba de reconocer al Vietnam del Norte, y es posible que Noruega lo haga en estos días. La posición más importante es la de Filipinas, expresada a través de su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el veterano proamericano Carlos Rómulo, antiguo ayudante del general McArthur en la guerra del Pacífico. Rómulo dice: «Después del Vietnam, no creo que los americanos vuelvan a estar dispuestos a comprometer sus soldados en

Asia. Por consiguiente, una defensa americana de las Islas Filipinas es muy dudosa». La importancia de estas palabras es varia. Primero, las Islas Filipinas constituyen un estado aliado de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam y los pactos de defensa regionales. En segundo lugar, el empleo de las palabras «después del Vietnam» indican que para Carlos Rómulo, y por tanto para su gobierno, la cuestión de Vietnam está prácticamente terminada. La consecuencia es una revisión de los acuerdos entre Filipinas y Estados Unidos sobre bases militares. Rómulo desprecia las bases. «¿Para qué nos han servido en el pasado?», dice. En efecto, había bases de Estados Unidos en las Islas cuando se produjo la segunda guerra mundial, y no sirvieron para impedir la invasión japonesa. Es inevitable pensar que Filipinas puede estar tratando con estas reservas de obtener mejores condiciones económicas para la renovación de las bases, pero probablemente para Filipinas se trata de algo más, se trata de pensar de nuevo en su situación como estado asiático y en lo que será esa región del mundo «después del Vietnam». Y en lo que realmente cuesta y lo que realmente vale una alianza demasiado importante con los Estados Unidos.

La «tesis del dominó» ha prevalecido largo tiempo en Washington con respecto al Vietnam. Se sabe en qué consiste. Colocadas en pie, verticalmente, y a cierta distancia unas de otras todas las fichas de un dominó, basta con que caiga la primera para que caigan todas. Si cae el Vietnam, se decía, caerán todos los países asiáticos. La rápida posición reservada de Filipinas hace pensar que, en efecto, es toda la situación general de Asia —con respecto a Estados Unidos— la que va a cambiar después del Vietnam. Ya la primera impotencia americana, la de la guerra de Corea —que tuvo que salir Nixon cuando era vicepresidente con Eisenhower—, modificó notablemente la influencia asiática de los Estados Unidos, y se estableció entonces en Washington la tesis de «nunca más poner los pies en Asia», violada luego por Johnson en su detrimento y en el de su país. En líneas generales, lo que está tratando ahora de hacer la delegación americana en París, y todo el conjunto de relaciones Washington-Saigón, es buscar una línea de retirada que evite la impresión de huida, que evite para la política americana en Extremo Oriente la derrota del dominó. Toda prolongación de la guerra conducirá inevitablemente a ese mal fin. Todo acuerdo de los considerados como «honorable» podrá dulcificar ese final mediante una apariencia política y diplomática.

¿Cabe esperar, como espera Saigón, un «acontecimiento»? Difícilmente. Los acontecimientos, en política, son siempre voluntarios. Un «casus belli» es cualquier suceso que se reconoce como tal, y no lo es un acontecimiento que no se quiera reconocer. El caso del «Pueblo», incautado por los norcoreanos, podía haberlo sido. Los Estados Unidos han esperado un año para ver liberada la tripulación, han dejado perder el barco —y, con él, todos los secretos militares y científicos que contenía— y han firmado un documento vergonzante reconociendo su propia culpabilidad para después renegar, de una manera aún más vergonzante, de dicho documento. No han querido hacer un «casus belli». En Tailandia, en Camboya, en Laos hay todos los días batallas entre tropas gubernamentales y guerrilleros comunistas y nacionalistas. Los Estados Unidos no se apoyan en ellas para extender la guerra: las sofocan, las ocultan, les quitan importancia. China ha tenido y tiene en estos últimos años motivos suficientes para ampliar la guerra: a pesar de su verbosidad, de su tensión revolucionaria, no da un solo paso imprudente y su comedimiento es mucho mayor que en la guerra de Corea. La URSS, por su parte, sólo parece interesada en que haya pronto un «después del Vietnam» que le permita acentuar su coexistencia con Estados Unidos, y hay indicios de que China querría participar en esa coexistencia dentro de su zona de influencia. No sería extraño que Asia, a la larga —una larga de años—, fuese una resultante de un equilibrio económico-militar-ideológico de una coexistencia entre China, Estados Unidos y la URSS, que daría resultado sólo en la medida en que este tridente pudiera garantizar no sólo la alimentación, sino la dignidad humana y la adecuación del equilibrio masa-individuo por el que lucha, y con tanto vigor, aquel continente.

Si algún acontecimiento cabe esperar, es en Saigón. Los intereses del gobierno son demasiado locales, demasiado pequeños, como para que sean tenidos en cuenta en esta circunstancia. El golpe de estado o la desaparición de los actuales dirigentes del precario gobierno no está excluido, ni sería insolito en un terreno permanentemente movido. Hay un número importante de fuerzas neutralistas en Saigón dispuestas a tomar el poder a la menor señal americana. Puede ser Nixon quien dé esa señal, con la esperanza de que una neutralización de Vietnam del Sur y una eventual reunificación con Vietnam del Norte en la base de un régimen libre, inspirado por los conceptos revolucionarios y deseado de abrir una «nueva vía», pueda servir de ejemplo o por lo menos de orientación para lo que podría ser Asia en el futuro, o al menos los países de Asia implicados en la lucha nacionalista.